

# La Europa que vio brotar el fascismo

En los rescoldos de la Primera Guerra Mundial se fraguó una rebeldía, a la vez reaccionaria y moderna, que iba a arraigar en medio continente en la década posterior

El ascenso del fascismo es el aspecto más siniestro de los años veinte. Con la llegada al poder de Mussolini, en 1922, Italia se convirtió en un faro para todos los que aspiraban a solucionar los problemas de las democracias por métodos dictatoriales. Pronto surgieron imitadores por todas partes. En Alemania, Hitler no tardaría en protagonizar su propio golpe de Estado, el Putsch de Múnich, un año después. La justicia le trató con guante blanco y no impidió su irresistible avance, coronado con la creación del Tercer Reich.

La buena estrella del Führer no tardó en eclipsar a la del Duce, que acabaría convirtiéndose en un comparsa de su colega germano. Entre tanto, otros países miraban hacia Roma con expectación. Alfonso XIII de España no dudó en asegurar que su Mussolini era el dictador Miguel Primo de Rivera, el hombre que acabó con el parlamentarismo hispano un par de meses antes de la intentona de Hitler contra la República de Weimar.

El fascismo era la apuesta de la gente de orden contra la irrupción, en la vida política, de las masas en un sentido izquierdista. Tras la Revolución Rusa, la histeria anticomunista se extendió entre las clases acomodadas. Pero el nuevo populismo de derechas no tenía nada que ver con el conservadurismo tradicional. Consistía en un movimiento moderno, con no poco arraigo entre la ciudadanía.

Renzo De Felice, el conocido historiador, lanzó la tesis sobre la existencia de un amplio consenso alrededor del régimen. Más tarde, otros especialistas, como Luisa Passerini, pusieron en duda el relato habitual sobre la heroica resistencia de los trabajadores contra el totalitarismo.

## Naturaleza mutante

¿Cómo explicar este apoyo popular? Tanto Mussolini como Hitler supieron canalizar, en beneficio propio, los traumas de la Primera Guerra Mundial. Italia se contaba entre los vencedores, pero no fue escuchada

en el rediseño de Europa. Se extendió así el tópico de la “victoria mutilada”. Alemania había sido derrotada y obligada a aceptar unas duras condiciones de paz. Los nazis aprovecharon el resentimiento suscitado por esta humillación para extender un nacionalismo agresivo.

Tanto en un caso como en otro, muchos veteranos de la contienda desempeñaron un papel crucial. Eran gente frustrada, con graves problemas para adaptarse al regreso a la normalidad. Puesto que habían derramado su sangre en el campo de batalla, creían tener derecho a gobernar su país en sustitución de unas élites políticas que juzgaban incompetentes y traidoras.

## Benito Mussolini y Adolf Hitler

El partido fascista nació en 1919, encabezado por un antiguo socialista: Benito Mussolini. En aquellos momentos, sus propuestas consistían en una confusa mezcla de patriotismo y medidas de corte radical, como la participación de los trabajadores en la organización de las industrias o la expropiación parcial de la riqueza.

Tres años después, los militantes del movimiento protagonizaron la Marcha sobre Roma. El rey Víctor Manuel III, en lugar de oponerse a aquel intento golpista, llamó a su jefe para formar gobierno. Una vez en el poder, el Duce procedió a eliminar a la oposición y se ensañó con la izquierda. Suprimió sus partidos, eliminó sus sindicatos, prohibió el derecho de huelga.

Los fascistas no tenían problemas a la hora de sustituir las leyes por la fuerza bruta. Si les hacía falta, incluso recurrían al asesinato. El socialista Giacomo Matteoti, secuestrado el 10 de junio de 1924, apareció muerto algún tiempo después. ¿Fue Mussolini el responsable? Hubo opiniones para todos los gustos.

Nada quedó del anticapitalismo retórico de los inicios. Ahora ya no tocaba pensar en términos de clase social: solo

importaba la nación, un organismo al que había que fortalecer a toda costa a través del militarismo y el expansionismo.

## Complicidad conservadora

Los cambios enfrentaron a los fascistas con los conservadores tradicionales, partidarios de conceder un espacio propio a instituciones como la Iglesia o la familia. Ello significaba limitar, en cierta forma, el poder del Estado. Por eso Mussolini atacó a la Acción Católica, una asociación que competía con los canales públicos para encuadrar a la población. Pío XI reaccionó con una famosa encíclica, *Non abbiamo bisogno* (No tenemos necesidad), en la



que condenó la “estatolatría pagana”.

Tal vez los conservadores despreciaran a los fascistas, en quienes veían a unos aventureros vulgares, pero, por lo general, tendieron a aliarse con ellos. Su motivo estaba claro: el fascismo podía ser desagradable, pero el comunismo era mucho peor. Desde esta óptica, apoyar a Mussolini significaba apostar por un cambio para que todo siguiera igual.

## Desfile fascista en Milán (1926)

El poder absoluto de un personaje carismático y demagogo fue, sin duda, uno de los rasgos definitorios del fascismo. No obstante, la realidad no se puede reducir a un ejercicio de au-

toridad personal. Robert O. Paxton, en un estudio clásico, advirtió que insistir demasiado en la figura del líder puede conducirnos a pasar por alto la importancia de sus apoyos, tanto en las instituciones como en la sociedad civil. Magistrados, policías, militares, hombres de negocios... Todos fueron indispensables para consolidar una inquietante alternativa al parlamentarismo.

## Cargados de emociones

Los que respaldaban las soluciones de fuerza no eran, como a menudo se ha supuesto, enemigos de la modernidad. Lo que buscaban, según Paxton, era una modernidad alternativa:

“Una sociedad técnicamente avanzada en la que los poderes de integración y control del fascismo suavizasen las tensiones y las divisiones”.

El fascismo tuvo la habilidad de presentarse como una ideología rupturista, en la que tenían cabida los descontentos con el mal funcionamiento de las cosas. Ser fascista, en los años veinte, equivalía a revestirse de un aura de rebeldía y desprecio hacia los valores burgueses, hacia la sociedad tradicional.

## Conseguir y conservar el poder consistía en manipular los sentimientos más agresivos de la multitud

La izquierda, de esta forma, dejó de tener el monopolio de la idea de cambio. Sus emergentes rivales propugnaban una transformación social que apelaba a las emociones, no a la razón. Conseguir y conservar el poder consistía en manipular los sentimientos más agresivos de la multitud, a través del victimismo y de una ideología supremacista: aquellos que pertenecían a la comunidad tenían derecho a imponerse a los pue-

blos “inferiores”.

Este tipo de postulados se justificaron a partir de un claro antiintelectualismo. Hubo pensadores que se adhirieron al fascismo, pero ninguno de ellos fue capaz de defenderlo con altura académica a través de la construcción de un sistema filosófico. Una idea no importaba porque fuera o no verdadera, sino por su capacidad para lanzar a la gente a la acción. El programa, en la práctica, no resultaba relevante.

El propio Mussolini, antes de ser primer ministro, se vanaglorió de no sujetarse a ninguna doctrina concreta: “¿Los demócratas quieren conocer nuestro programa? Es romperles los huesos a los demócratas de Il Mondo. Y cuanto antes mejor”. Il Mondo era un conocido periódico que sería prohibido por el Duce. Hitler también se negó a exponer un proyecto demasiado concreto: argumentó que eso equivalía a realizar “promesas baratas”.

El Duce y el Führer en un acto multitudinario. Dominio público

¿Qué es fascismo?

Esta ambigüedad ha puesto las cosas difíciles a los politólogos. ¿En qué consiste, exactamente, el fascismo? Los debates más o menos bizantinos sobre el tema son interminables. El hecho es que definirlo como fenómeno general no es fácil. El caso italiano no es idéntico al alemán ni a los movimientos totalitarios de otros países. ¿Debe restringirse el término al régimen de Mussolini? Paxton considera que no, puesto que también se utilizan palabras como “comunismo” o “liberalismo” para designar sistemas que no son iguales.

En términos generales, los historiadores suelen identificar algunas líneas comunes: rechazo al marco democrático, fruto de su radical antiliberalismo; visceral y violento anticomunismo; exaltación de las virtudes militares, juveniles y varoniles de la identidad nacional; exaltación de la simbología nacionalista sobre un discurso populista y ligeramente subversivo; utilización de la violencia callejera como brazo necesario de su ascenso político; y, por encima de todo lo anterior, la utilización de técnicas narrativas propias del siglo XX, inexplicables fuera del marco de la sociedad de masas.